



SOBRE LAS CAUSAS MORALES DE LA CRISIS ECONÓMICO-FINANCIERA:

Por Mario Šilar

Si ante el fallecimiento reciente de un familiar cercano, el médico de la UCI nos diera como causa de muerte la inherente condición mortal propia de todo ente finito vivo – condición de la que no escapa el ser humano–, no podríamos decir que nos está mintiendo pero, sin duda, su respuesta nos dejaría bastante insatisfechos y tal vez algo disgustados. ¿Por qué la insatisfacción y el disgusto si, al fin y al cabo, se trata de una respuesta verdadera?¹ Creo que por el simple hecho de que no se trata del *tipo* de respuesta que legítimamente tenemos derecho a esperar de un médico: *no es el tipo de respuesta que esperamos de acuerdo con el contexto vital en el que se desenvuelve la relación médico-paciente-pariente del paciente*. Por ello, su respuesta, aunque sea verdadera nos resulta inapropiada y tal vez fuera de lugar. Además, si el médico apelara a una respuesta de este tenor para evitar la exposición detallada de las causas puntuales del fallecimiento creo que se trataría, además, de una práctica comunicativa inmoral dada la manipulación, falsedad y extrapolación indebida del discurso².

En efecto, podemos estar de acuerdo con la respuesta del médico –en el sentido de que asumimos y aceptamos el carácter finito de los seres humanos– y, no obstante, estar rectamente enfadados con él, porque, en una situación de ese tipo, es legítimo que uno quiera saber con mayor precisión la relación de fenómenos intermedios, que se encuentran entre la muerte de un familiar y la condición mortal de todo ser humano. Además, se supone que el conocimiento científico del médico es un tipo de saber que confiere idoneidad para identificar las causas y vínculos intermedios que existen entre la vida sana de una persona singular X y la mortalidad propia de todo ser vivo creado corpóreo.

Creo que se puede ofrecer una comparación entre el problema señalado, a través del ejemplo citado, y la situación que se genera cuando distintos actores sociales señalan como causas presuntamente científicas de la actual crisis económico-financiera global, problemas específicos del ámbito moral. En concreto, las causas principales y últimas de la crisis obedecerían a la actitud de avaricia y de egoísmo que configuran la lógica del mercado. No pretendo negar la íntima relación que existe entre ética y ciencia económica, sin embargo, considero oportuno señalar algunas ambigüedades o confusiones a la hora de abordar esta relación³. En efecto, en tanto la economía implica el estudio de la coordinación de acciones libres entre seres humanos, y en tanto estas acciones, precisamente por ser libres, son susceptibles de juicio moral resulta obvio asumir que la economía es una actividad que nunca

¹ Ya decía San Agustín que la única certeza que tenemos es la de saber que vamos a morir: *incerta omnia sola mors certa*.

² López Quintás, Alfonso, *La tolerancia y la manipulación*, Madrid, Rialp, 2001.

³ No pretendo abordar en este reducido espacio el arduo debate respecto de si la economía es una ciencia libre de valores, o no. Tampoco analizo la importante distinción entre ciencia económica y economía política; cuestión que también excede el propósito de este escrito. Cfr. Sen, Amartya, *On Ethics and Economics*, Blackwell, Oxford 2004 (1ª ed. 1987). De la amplia bibliografía existente, cabe mencionar: Crespo, Ricardo F., *La Economía como Ciencia Moral: Nuevas perspectivas de la teoría económica*, Buenos Aires, Ediciones de la Universidad Católica Argentina, 1997. También, el debate entre Ricardo F. Crespo y Peter J. Boettke, “Controversy: Is Economics a Moral Science?”, *Journal of Markets & Morality*, vol. 1, nº 2, 1998, pp. 201-225.

puede desligarse completamente del contexto moral. En efecto, en toda acción libre se ponen en juego bienes humanos que comprometen una multitud de esferas vitales⁴. Pero ello no implica que se deba perder de vista algo no menos obvio y es que el juicio ético-moral sobre la *praxis* de la economía no exime del análisis en sede científica, de lógica económica⁵, para comprender y juzgar sobre los problemas económico-financieros⁶.

Si retomamos el ejemplo citado, se puede decir que a veces es bueno que alguien nos recuerde que, tarde o temprano, nuestro ser querido debía morir y que, independientemente de la enfermedad y del tratamiento médico específico que haya recibido, su muerte era algo que, tarde o temprano, iba a pasar. Sin embargo, la verdad de esa certeza nunca exime ni atenúa la eventual responsabilidad civil o penal, que se puede imputar si nos encontramos ante un caso de mala *praxis* médica. La importancia del marco vital y relacional se pone de manifiesto, nuevamente, si consideramos el contexto y el sujeto que emite el mensaje. En efecto, si quien nos recuerda el carácter moral de nuestro familiar es un ser querido (pariente, amigo cercano, religioso, u otra persona), en un ámbito íntimo y luego de que ha pasado un tiempo prudencial desde el fatal desenlace, cabe esperar que esas palabras traigan paz. Sin embargo, si no existe una relación íntima con el profesional encargado del tratamiento y de los cuidados finales de la persona querida y si transmite el mensaje a escasos minutos del fallecimiento, cabe imaginar que su desubicado comentario genere, por lo menos, incomodidad. Por decirlo una vez más: del médico esperamos y exigimos, legítimamente creo, otro tipo de respuestas y comentarios. Aunque se trate de una situación difícil, la tarea del médico consiste en informar de modo preciso cuáles fueron las causas inmediatas que generaron la muerte del familiar. Aunque parezca paradójico, la mejor manera que tiene el médico de ayudar en el proceso de duelo que se inicia es, sencillamente, cumpliendo con su misión y deber profesional.

Estas reflexiones vienen inspiradas por la situación algo surrealista que encuentro cada vez que interrogo a alumnos universitarios avanzados, de las carreras de Economía y de Administración de Empresas, respecto de cuáles han sido las causas de la actual crisis económica mundial. Por una parte, en tanto profesor de ética admito que me debería sentir halagado por la facilidad con la que los alumnos ofrecen un discurso sin complejos, en el que apelan a términos como ‘valores’, ‘virtudes’, ‘generosidad’, ‘altruismo’, etc., para analizar el problema. Sin embargo, entiendo que la ciencia ética exige una ardua y sólida reflexión sobre el sentido de la acción humana, y debo admitir que muchas veces percibo en ellos una apelación al discurso ético de modo edulcorado y simplista. En efecto, el tono argumental revela cierta pereza intelectual y falta de convicción. En verdad, la mayoría de respuestas suelen consistir en un conjunto bastante remanido de lugares comunes. Es como si detrás de las palabras pronunciadas, rigiera el siguiente principio psicológico: cuando ya no se entiende de qué se trata un problema es útil ofrecer un corpus conceptual ético-moral, que goza de general aceptación y que se comporta como un aparente marco explicativo para la evaluación

⁴ Cfr. Šilar, Mario – Torralba, José María, “La ineludible dimensión moral del actuar humano. La relación entre teoría de la acción, racionalidad práctica y ética”, en Šilar, M. – Schwember, F. (eds.), *Racionalidad Práctica. Intencionalidad, Normatividad y Reflexividad*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2009, pp. 93-115.

⁵ Lógica que no se identifica sin más con la lógica de la maximización del beneficio, conforme la interpretación utilitarista neopositivista. La lógica económica, en mi opinión, viene mejor servida desde la perspectiva de la creatividad y agudeza (*alertness*) empresarial. Cfr. Kirzner, Israel, *The Meaning of Market Process. Essays in the Development of Modern Austrian Economics*, Routledge, London, Routledge, 1992; *The Economic point of View*, 2ª ed., Kansas City, Sheed and Ward, 1976.

⁶ Cfr. Zanotti, Gabriel J., *La economía de la acción humana. Un ordenamiento epistemológico de la economía según Mises*, Madrid, Unión Editorial, 2009.

de escenarios complejos⁷. A veces me pregunto si no convendría reconfigurar la epistemología de la relación entre ética y economía.

En efecto, creo que no se debe perder de vista la importancia de los distintos ámbitos epistemológicos involucrados en el estudio de los problemas económicos de una sociedad, y que permiten conocer con mayor riqueza el amplio abanico de sentido que posee la acción humana. Así, por ejemplo, es bueno y loable que un sacerdote, en su sermón dominical, nos recuerde que la avaricia y el egoísmo amenazan de raíz a toda empresa humana en este mundo. En efecto, desde una perspectiva teológica, se puede afirmar que el hombre en tanto naturaleza caída y sometida a las consecuencias del pecado original, no puede escapar en su actuar de la radicalidad falibilidad que acompaña su existencia en este mundo⁸. Sin embargo, cuando otros actores sociales –el economista, el empresario, el sindicalista, el funcionario público, el académico, el investigador, el sociólogo, el político, el comunicador social y cualquier otro agente con relativa responsabilidad y visibilidad en la comunidad– apelan a un plano discursivo vinculado al orden de los valores (alegato que termina siendo como una especie de versión secularizada y políticamente correcta del discurso religioso) y creyendo que con ello están explicando de modo exhaustivo y total las causas que generaron la crisis económica, creo que en lugar de ofrecer un aporte enriquecedor terminan empobrecer y simplificar burdamente el debate. Con ello, además, debilitan la riqueza que podría aportar su particular perspectiva de análisis. Más allá de los excesos que casi todos reconocen en la actualidad, la especialización no es una mala palabra. Además, a veces, la referencia a razones y causas sublimes suele ser el modo más útil y sutil de confundir las cosas⁹.

Como se ha visto, en determinadas circunstancias la similitud del mensaje emitido por médico y sacerdote puede resultar algo francamente contraproducente. Del mismo modo, que en la evaluación y diagnóstico de la actual crisis económica, el sacerdote, el economista y el agente político ofrezcan un discurso con grandes ‘parecidos de familia’, es algo que debería resultar, cuanto menos, inquietante¹⁰. En la retórica escolástica era usual señalar la conveniencia de distinguir los distintos niveles de análisis (*oportet distinguere*), y sin que ello implicara un llamado a las armas de la compartimentalización epistémica. Cabe afirmar que a veces es bueno que *cada uno vaya a lo suyo*. Así, que las autoridades religiosas señalen las causas morales –inherentes a toda acción humana– que intervienen en un escenario de crisis es una tarea legítima y más que oportuna. Sin embargo, no considero útil ni adecuado que los agentes políticos o económicos se involucren en este nivel de discurso. Máxime cuando con ello lo que en verdad se pretende es desentenderse del nivel específico propio de la competencia epistémica y discursiva del actor social involucrado.

⁷ En un segundo momento, cuando señalo que la pregunta fue respecto de las causas *específicamente económicas* de la crisis, las respuestas ya adquieren un tinte más descriptivo y confuso por cuanto se cree que si se explica de *cómo pasó lo que pasó* se estaría, al mismo tiempo, diciendo *por qué pasó lo que pasó*. En este segundo momento aparecen entonces algunos términos técnicos de elevada divulgación (*hedge funds*, hipotecas *suprime*, sistemas de calificación financiera, etc.).

⁸ Obviamente, con esto no quiero decir que la reflexión ética sólo pueda o deba ser abordada en un contexto religioso.

⁹ Recuerdo un empleador que a fin de que estuviéramos trabajando el día 8 de diciembre solía argumentar: “en nuestra empresa honraremos a la Virgen trabajando”.

¹⁰ Para un interesante análisis que cuestiona la presunta legitimidad acrítica de la que goza el economista en el debate público contemporáneo, véase, Boettke, Peter J. – Coyne, Christopher J., Leeson, Peter T., “High Priests and Lowly Philosophers: The Battle for the Soul of Economics”, *Case Western Reserve Law Review*, 2006, vol. 56, n° 3, pp. 551-568.

En lo que sigue, intentaré ofrecer algunas ideas marco que conviene tener en cuenta en la interacción entre reflexión ética y económica, respecto de la delimitación de las causas de la reciente crisis económica.

En primer lugar, conviene recordar que en toda mala acción confluyen uno o varios factores desordenados y lo importante es ser capaces de conocer los vínculos y relaciones existentes. Por eso, en el discurso moral, es importante identificar las causas próximas que intervienen en una mala acción. En este sentido, la afirmación de que la avaricia o la crematística desordenada son las causas de la crisis económica es tanto como decir que el pecado original o la soberbia son las causas de que un sujeto *X* robe un vehículo en la vía pública. Mediante la apelación al pecado original se puede explicar básicamente cualquier mala acción y, de algún modo, se trata de una explicación irrefutable. Sin embargo, si de lo que se trata es de fortalecer la razón práctica para que, a pesar de la existencia del pecado original, el sujeto tenga mejores motivos para evaluar su proceder y evitar la mala acción, lo relevante será ser capaces de identificar *de qué forma concreta y mediante qué mecanismos de justificación específicos* el agente ha violado la propiedad privada ajena. De este modo, lo importante es *identificar la mala acción en su contexto específico*. Sólo de podrá contar con mejores elementos para evaluar el escenario futuro si se es capaz de ofrecer un análisis agudo de la situación presente. Así, por ejemplo, lo importante será identificar adecuadamente el marco y motivo de la mala acción, por ejemplo, si se trata de un robo perpetrado como parte del *cursus honorum* de un individuo que quiere hacer carrera dentro de un grupo criminal, si se trata del robo llevado a cabo por un agente policial que, mediante abuso de autoridad, puede ubicar rápidamente el vehículo robado en el mercado negro del cual se sirven grupos terroristas y narcotraficantes, si se trata del accionar de un sujeto envuelto en una red de venta ilegal de autopartes, etc.

En segundo lugar, es importante identificar el modo particular en el que la explicación genérica de una mala acción (soberbia, avaricia) se presenta y se hace operativa, conforme al marco institucional específico de agencia (no es lo mismo un sacerdote avaro, un padre de familia avaro, un político o un empresario). Este es un terreno muy poco explorado y que podría ser una fuente de información muy valiosa para comprender los escenarios futuros de riesgo sistémico. En efecto, lo conceptualmente valioso es ser capaces de explicar en qué marcos concretos se puede operativizar la avaricia de los agentes, de acuerdo con el marco institucional propio de su agencia (es necesario ser capaces de decir *algo más* respecto de que la crematística es el deseo desordenado de posesión potencialmente infinita de bienes finitos; aunque *ese más* que se diga ya esté de algún modo contenido en la expresión aristotélica). Así, por ejemplo, existe un modo más sutil de avaricia vinculado al afán de dominio y de control sobre las demás personas. Hay personas que no buscan desenfrenadamente el dinero porque saben que tienen a su disposición mecanismos más eficaces de control de las voluntades ajenas: por el control de la ingeniería social¹¹. Además, es un tipo de desorden, que aunque se tenga una visión religiosa o trascendente, resulta difícil de percibir porque es fácil encontrar buenas y loables razones para controlar la vida de los demás. Este desorden suele aquejar a quienes pueden crear y cambiar las reglas del juego en un determinado escenario. Y en rigor, como bien ha argumentado Taylor, son estos actores los que tienen en su poder la capacidad de generar escenarios de riesgo sistémico, ya que al influir sobre las reglas del juego, su agencia es la única capaz de extenderse al todo del escenario que opera

¹¹ Rizzo, Mario J. – Whitman, Douglas Glen, “The Knowledge Problem of New Paternalism”, *The Brigham Young University Law Review*, n° 4, 2009, pp. 905-968.

bajo esas reglas¹². Un mal jugador, por mucho daño que pueda hacer a su equipo, siempre causará un daño limitado a su particular rol y jerarquía dentro del equipo. Sin embargo, el único agente que con su acción puede hacer que el equipo, como un todo, juegue mal y desordenadamente, es el técnico. Y en similar sentido, el único agente que puede hacer que con su acción particular errónea (por ejemplo, por arbitrariedad, por injusticia manifiesta, por pánico, por ignorancia, etc.) se desordene todo el juego, es el árbitro. El marco contextual resulta determinante para comprender la especificidad de la lógica de cada tipo de mala acción.

En tercer lugar, no se debe perder de vista la compleja relación y retroalimentación entre la descripción de la acción y su redefinición, que suele aparecer como consecuencia de la reflexión posterior sobre la acción realizada. Un aporte enriquecedor en el intento por explorar con mayor precisión la confluencia entre ética y economía debería ser capaz de dar cuenta de los factores psicológicos que intervienen en la toma de decisiones de los agentes sociales envueltos en contextos críticos. El reciente relato autobiográfico de quien fuera Secretario del Tesoro de los Estados Unidos y testigo en primera persona durante el clímax de la crisis financiera en 2008, Henry Paulson, pone de manifiesto con gran nitidez cómo el temor y el pánico se suelen encontrar a la base de los intentos de control y regulación de la coordinación social¹³. Además, en la medida en que estos intentos resultan frustrados, se produce una retroalimentación y círculo vicioso. En efecto, el reconocimiento del fracaso de la acción pasada, redundando en un aumento del temor y de la incertidumbre, lo cual inspira una redefinición de la acción pasada, en virtud de la cual se juzga que la ineficacia operativa se debió a la baja magnitud con que se acometió la empresa. Como resulta obvio, ante esta interpretación del escenario, la deriva hacia un nuevo intento más enérgico de intervención y control queda servida.

¹² Cfr. Taylor, John B., *Getting of Track: How Government Actions and Interventions Caused, Prolonged and Worsened the Financial Crisis*, Hoover Press (California), Stanford University Press, 2009.

¹³ Cfr. Paulson Jr., Henry M., *On the Brink: Inside the Race to Stop the Collapse of the Global Financial System*, New York, Hachette, 2010.